

*Mulliner*

*Mulliner*

## Los huevos fatídicos

*Mulliner*

*Mulliner*

*Mulliner*



## EL PROFESOR PERSIKOV

Era un 16 de abril de 1928. Aquella tarde, el profesor Persikov —que enseñaba Zoología en la IV Universidad estatal y desempeñaba sus funciones, además, como director del Instituto Zoológico de Moscú, sito en la calle Herzen—, entró en su despacho, que estaba en el mismo Instituto, y encendió la luz. Al instante se iluminó el esmerilado globo del techo y el profesor echó una mirada en torno...

Hay que trasladar a esa tarde funesta el origen de la terrible catástrofe que siguió, como asimismo conviene ver en el profesor Vladimir Ipatievich Persikov la causa primera de esa catástrofe.

El profesor tenía exactamente cincuenta y ocho años. Su cabeza ofrecía, por decirlo de alguna manera, un aspecto ciertamente insólito: era un tanto alargada, en forma de maza, y calva, con dos mechones de cabellos hirsutos y amarillentos que se erguían a ambos lados. Su rostro, pulcramente afeitado, y el labio inferior prominente, le daban a su fisonomía un cierto aire caprichoso. También destacaremos en él las pequeñas gafas anticuadas con montura de plata sobre su colorada nariz, sus ojos pequeños y brillantes y su alta estatura, aunque un poco encorvado de espaldas. El profesor tenía una voz débil, áspera y disonante, y una de sus rarezas —entre otras— era la siguiente: cuando decía algo con convicción y pleno conocimiento de causa, doblaba el índice de la mano derecha en forma de gancho, al tiempo que entornaba los ojos. Pero como hablaba siempre con convicción y aplomo, porque su erudición profesional era realmente extraordinaria, el susodicho gancho solía aparecer con mucha frecuencia ante los ojos de sus interlocutores. Sobre asuntos ajenos a sus conocimientos, que abarcaban la zoología, embriología, anatomía, botánica y geografía, el profesor Persikov tenía por costumbre no decir casi nada.

El profesor Persikov no leía periódicos ni iba al teatro. Su mujer lo había abandonado, fugándose en 1913 con un tenor de una ópera de Zimin y dejándole la siguiente nota: “Tus ranas me dan

asco y me producen una repugnancia insoportable. Por su culpa seré desgraciada el resto de mis días.”

El profesor no se volvió a casar y no tenía hijos. Era de carácter muy irascible, pero incapaz de guardar rencor; le gustaba tomar té con confitura de moras y vivía en la calle Prechistenka, en un piso de cinco habitaciones, una de las cuales la ocupaba su ama de llaves –María Stepanovna–, una viejecita flaca y pequeña que se ocupaba del profesor como una nodriza.

En 1919, al profesor le quitaron tres de sus cinco habitaciones, lo que entonces le llevó a anunciar a María Stepanovna:

– Si continúan estos atropellos, me iré al extranjero.

No cabe duda que si el profesor hubiese ejecutado su plan, le sería fácil conseguir un puesto en la cátedra de zoología de cualquier universidad del mundo, pues era una eminencia de primer orden, y, especialmente en el ámbito de sus conocimientos relacionados con los anfibios y batracios no había quien se le pudiera comparar, a excepción de los profesores William Weckle, de Cambridge, y Giacomo Beccari, de Roma. El profesor impartía sus conferencias en cuatro idiomas, además del ruso, y se expresaba en francés y alemán como en su lengua vernácula. Los planes de Persikov concernientes a su marcha al extranjero se quedaron en papel mojado, pero el año 1920 aún fue peor que el anterior. Además, los acontecimientos se sucedían uno tras otro. A la calle Vielikaia Nikitskaia le cambiaron el nombre, y pasó a llamarse calle Herzen, tras lo cual el reloj empotrado en la pared del edificio que formaba la esquina de las calles Herzen y Mojovaia se paró a las 11 h. y cuarto; y, finalmente, al no poder soportar las perturbaciones de aquel famoso año, murieron en los terrarios del Instituto zoológico ocho magníficos ejemplares de los denominados rubetas o ranas de zarzal, seguidos de otros quince ejemplares de sapo común y, finalmente, un espécimen único y extraordinario de sapo de Surinam.

Tras esto y corriendo la misma suerte que los sapos, que habían dejado desierto el orden de los anfibios llamados con propiedad anuros, pasó a mejor vida el viejo Vlas –el perenne conserje del Instituto–, aunque no perteneciera a la especie de los batracios. La causa de su muerte, por lo demás, fue la misma que la de los pobres anfibios, y Persikov no dudó en definirla con una palabra:

– ¡Desnutrición!

El científico no estaba equivocado: pues Vlas se alimentaba de harina, y los sapos, con los gusanos que nacen de la misma, pero al agotarse aquélla, también desaparecieron éstos. Así las cosas, Persikov decidió someter a los veinte ejemplares de rubetas o ranas de zarzal que le quedaban a un régimen alimenticio a base de cucarachas, pero resultó que las cucarachas, misteriosamente, también habían desaparecido, manifestando de esa forma su hostilidad al comunismo de guerra. Y así fue como estos últimos ejemplares, también, fueron a parar a la letrina del patio del Instituto.

No hay palabras que puedan describir la zozobra de Persikov ante todas esas muertes sucesivas, y especialmente la del sapo de Surinam. Hizo responsable de todas ellas al comisario del pueblo de la Instrucción Pública de la época.

De pie y en uno de los pasillos del gélido Instituto, Persikov –con gorro y chanclos–, le decía al profesor adjunto Ivanov, elegantísimo gentleman que lucía una rubia perilla:

– ¡Matarlo sería poco, Piotr Stepanovich! Pero ¿qué hace esta gente? ¡Van a acabar con el Instituto! ¿Se da cuenta? Oh, aquel magnífico espécimen, ¡un ejemplar único y extraordinario de la clase “Pipa americana” de trece centímetros de largo!...

Después, las cosas fueron de mal en peor. Muerto Vlas, las ventanas del Instituto se cubrieron de hielo por ambas caras, hasta el punto de que comenzaron a formarse gruesas capas de escarcha en la parte interior de los cristales. Murieron todos los animales: conejos, zorros, lobos y peces. E incluso las víboras, sin que quedara ni una sola. Persikov se encerró en un largo mutismo durante mucho tiempo; después, cogió una pulmonía, pero no se murió. Ya restablecido, acudía dos veces por semana al Instituto, en cuya sala circular –donde, por una razón desconocida y cualquiera que fuese la temperatura de la calle, hacía una temperatura constante de cinco grados bajo cero–, impartía un ciclo de conferencias sobre el tema “Los reptiles de las zonas tropicales”, ante un auditorio de ocho personas. Acudía arropado con chanclos, bufanda y gorro de piel con orejeras, y, a cada palabra, despedía vaharadas de blanco aliento. El resto del tiempo, Persikov lo pasaba en su piso de la calle Prechistenka, tumbado sobre un diván, en una pieza donde los libros alcanzaban el techo. Tosiendo y cubierto con una manta de viaje, contemplaba la lengua de fuego de un hogar que María Stepanovna ali-

mentaba con restos de la sillería dorada, y pensaba en el sapo de Surinam.

Pero todo en este mundo tiene un fin, y, así, llegaron a su término los años 1920 y 1921, y en 1922 comenzó a observarse cierto movimiento inverso. En primer lugar, en el puesto del difunto Vlas apareció Pankrat, nuevo conserje del Zoológico, un joven que prometía mucho. Además, de vez en cuando encendían la calefacción del Instituto. Después, durante el verano, Persikov con la ayuda de Pankrat logró atrapar catorce ejemplares de “sapo vulgaris” en las orillas del Kliazma y, de esa forma, en los terrarios se inició nuevamente la efervescencia... En 1923, Persikov ya pronunciaba ocho conferencias semanales: tres en el Instituto y cinco en la Universidad. En 1924, ya eran trece, sin contar las que pronunciaba en las facultades obreras. Y, en 1925, se hizo célebre al suspender en los exámenes —aquella primavera— a setenta y seis estudiantes: todos cayeron en el tema de los batracios.

— ¿Cómo, no sabe en qué se diferencian los reptiles de los batracios? Eso es ridículo, joven. Los batracios no tienen glándulas pelvianas, carecen de riñón. ¡No lo tienen! Así es. Debería avergonzarse. Supongo que usted es marxista, ¿no?

— Marxista —respondía turbado y cabizbajo el estudiante suspendido.

— Muy bien, pues vuelva usted en otoño —le decía educadamente Persikov y, lleno de vivacidad, le gritaba a Pankrat—: ¡Que pase el siguiente!

Igual que reviven los batracios con las primeras y copiosas lluvias tras una larga sequía, así volvió a la vida el profesor Persikov en 1926, año en que una compañía mixta ruso-americana construyó en el centro de Moscú, a partir del ángulo formado por la calles Gazietnaia y Tverskaia, quince edificios de quince pisos, y otras trescientas casas más en la periferia —de ocho viviendas cada una—, para los obreros, poniendo así fin de una vez por todas a aquella crisis de la vivienda, tan terrible como ridícula, que padecieron los moscovitas entre los años 1919-1925.

De algún modo, aquel fue un verano maravilloso en la vida de Persikov, que a veces se frotaba las manos con una sonrisa de satisfacción, recordando los tiempos en que él y María Stepanovna vivían arrinconados en dos habitaciones. El profesor, al que le res-

tituyeron las cinco habitaciones de su piso, pudo instalar cómodamente en ellas su biblioteca de más de quinientos libros, sus animales disecados, sus preparados y diagramas, y, sobre la mesa del despacho, volvió a alumbrar una lámpara de pantalla verdinosa.

También el Instituto estaba irreconocible: lo habían revocado de un color crema, habían instalado una tubería especial por donde el agua era llevada directamente hasta el emplazamiento de los anfibios, y se reemplazaron todos los cristales por grandes lunas, y, además, fueron instalados cinco microscopios nuevos, mesas de cristal para disecciones, globos de luz indirecta de 2000 bujías, reflectores y hasta vitrinas.

Persikov había vuelto a la vida, pero el mundo sólo tuvo conocimiento de ese hecho en diciembre de 1926, cuando para sorpresa general apareció su folleto titulado: *Nueva contribución al estudio de la fase reproductiva de los quitones o portadores de placas*, de 126 páginas, publicado en el boletín de la IV Universidad. En otoño de 1927 apareció su obra capital, un volumen de 350 páginas, pronto traducida a seis idiomas, entre ellos el japonés: *Embriología de las ranas, pipas y amblastomas*. Precio: tres rublos. Ed. GOSIZDAT.

Después ocurrieron en el transcurso del verano de 1928 los increíbles y espantosos acontecimientos que ahora vamos a evocar.